Antígona en Donceles*
(San Plebiscito mártir)

GERMÁN DEHESA

Para comenzar está la palabra. Muchísimas personas no la conocen. Les dice uno: plebiscito y piensan que es el nombre de algún funcionario chiapaneco, o un plebiscio pequeño, o un tumor indoloro que aparece en las axilas. Otros hay que le atribuyen una vaga significación política, aunque se declaran incapaces de hacer más precisiones. Están también los que habiendo terminado la preparatoria, no la han logrado olvidar del todo, y pueden asociar la palabra en cuestión con la antigüedad clásica y se aventuran por el imperio romano y algo dicen de Pericles y ya después de ponen a hablar de Clinton y de ¿quién será el próximo? Conozco también los que en privado o por televisión dicen plebiscito, y luego se van de lo más tranquilos a un corte comercial. También estoy yo que, a falta de otros bienes, poseo varios diccionarios. Uno de ellos se titula Diccionario español etimológico, su autor es Félix Díez Mateo y es una verdadera joya. Es pequeño, sintético y preciso. Como uno no puede andar por el mundo cargando los contundentes tomos del Corominas, el de Díez Mateo es un auxiliar discreto, portátil, invaluable. Ahí puede uno buscar la palabra plebiscito y leer: "Del latín plebs, plebis (pueblo bajo): Decisión de todo un pueblo tomada por votación general". Todo lo dicho hasta aquí pude haberlo pensado y hasta escrito en enero del 93 y nadie, ni yo mismo, hubiera experimentado el menor sobresalto. La palabra era desconocida, inocua y polvosa.

Pero llegó febrero y todo cambió. Plebiscito se convirtió repentinamente en una palabra viva, polémica y activa. Es muy posible que esta inesperada resurrección abarque exclusivamente mi círculo de amigos académicos, comuni-cólogos, periodistas, políticos y antesa-listas perpetuos. Indagaciones más serias que la mía así parecen confirmarlo. Aunque todo indica que, para hablar en términos bursátiles, el conocimiento de esta palabra está al alza. Yo he de confesar que la súbita inserción del término en la plática cotidiana me tomó, para variar, por sorpresa. Últimamente estoy llegando tarde a todas las fiestas. Algo habré leído en los periódicos, algo habré escuchado aquí y allá y así se fueron perfilando en mi morosa mente los contornos de una noticia: en la Asamblea de Representantes del Distrito Federal había surgido la iniciativa de hacer un plebiscito sobre algunos puntos concernientes al gobierno y

estatus político de la ciudad de México. A partir de este momento, los hechos se precipitaron y yo junto con ellos. La otrora tierra firme de mis amistades ha sido declarada zona de desastre. Primero viene un amigo muy querido y me dice: ¿Ya oíste lo del plebiscito? Obviamente, se trata de una provocación. La duda se apodera de mí, aunque en el traspatio de mi conciencia se queda parpadeando la noción, tan grata a mi temperamento, de que una provocación de vez en cuando no le viene mal a nadie. Al día siguiente me llama por teléfono Federico Reyes Heroles, quien me informa en detalle sobre el asunto para luego soltarme a quemarropa la noticia de que he sido señalado, si es que yo estoy de acuerdo, como integrante del Consejo Ciudadano de Observación del Plebiscito. Todavía hoy me pregunto por qué respondí tan fácil y rápidamente que sí. Me pregunto, pero también me respondo: dije que sí porque tengo un enorme respeto por la integridad e inteligencia de Federico; dije que sí porque yo nací en esta ciudad que era hermosa, transitable y disfrutable y he vivido lo suficiente para ir viendo, paso a paso, cómo la hemos -por acción u omisión- gradualmente convertido en un monstruo fétido, inseguro, amenazante, feo e irrespirable; dije que sí porque ya no quiero librar más batallas en el desierto, ni quedarme mudo mientras unos cuantos individuos, tontos o inteligentes, de buena o de mala fe, regentes o delegados hacían y deshacían, hacen o deshacen mi ciudad, la de todos; al margen de la opinión, voluntad, elección o decisión de sus habitantes; dije que sí porque ya no soporto las vejaciones en carne propia y ajena, de los patrulleros, motociclistas y guardianes del orden en general; dije que sí en recuerdo de mi padre que me enseñó a amar esta ciudad y a ser legal y combativo en éste y en todos mis amores; dije que sí porque tengo hijos y algo debo hacer frente a su casi total enclaustramiento, frente a sus malestares, transitorios dirá el doctor Kumate, pero reiterados, ofensivos y costosos; dije que sí porque ya tuve un infarto y tardé casi una hora en llegar al hospital porque el periférico estaba más taponado que mis coronarias; dije que sí porque alguna vez leí Antígona y ahí aprendí que la salud moral de una ciudad se cumple en la intersección y el avenimiento, así sea trágico, de los reclamos de la moral del individuo y los fueros de la legalidad cívica. Creón habla por todos; Antígona habla por ella. Si Creón no escucha a Antígona, si Antígona no habla, Creón se va de bruces y la ciudad ya no es ciudad. Así pues, dije que sí, no contra Creón, sino a favor de que las muchas Antígonas de esta capital comiencen a hablar y la ciudad se salve al hablar su voz, humana, madura, libre, su voz.

Todo esto lo pensé a mediados de febrero. La bola seguía rodando. En la prensa leí que Pérez Stuart nos avisaba que el plebiscito no era más que una maniobra para lastimar a

un posible candidato y apoyar a otro, o a otros. No gozo de la amistad de Pérez Stuart. Lorenzo Meyer que, lamentablemente, tampoco es mi amigo, escribió un lúcido artículo a favor de la consulta ciudadana. Otra voz, ésta sí de un amigo, me dijo: no te metas. Ya me metí, le dije. Ah, pues salte, me conminó con energía. Entre esto, el ozono y el fuego cruzado de las santas indignaciones de los instantáneos defensores de la constitucionalidad; de los futurólogos paranoicos; de la información (o desinformación) manipulada; de los que avizoran con terror a un presidente sitiado por un alcalde; entre esto y lo que ya olvidé o me dio flojera contar, terminó febrero.

Llegó marzo todo calor y vientos encontrados. Si en febrero la palabra plebiscito despertó de su letargo, en marzo se echó a andar. No es metáfora. Yo mismo me eché a andar. El día 4 a las 10:30 de la mañana nos reunimos todos los conjurados en Donceles. No fue tarea fácil llegar, pero ahí estuvimos todos. En el mejor sentido de la palabra la reunión fue una fiesta; fue la concurrencia de ciudadanos entera y generosamente dispuestos a servir, dispuestos a no permitir que ese lodo que asciende y ese esmog que desciende nos ahoguen. Nadie habló contra nadie. Nadie denunció amenaza alguna para la legalidad. Se habló de algo mucho más sencillo, se habló de un acto moral y democrático: la consulta, la auscultación de la opinión ciudadana. Nadie habló ni a favor ni en contra de los partidos. Frente a la esencial racionalidad y recta intención de los ahí presentes, percibí la desproporción manifiesta entre las alarmas de ciertos sectores y el hecho que tendría que ser natural y democrático de que la comunidad sea consultada sobre asuntos de su total competencia. Sin ser ningún experto en vericuetos legales, opino que los resultados de tal consulta son valiosos en sí. Lo son porque inician un diálogo pospuesto secularmente y porque tales resultados serán, en tanto que libres e imparcialmente evaluados, una ayuda y una referencia importante para reconstituir a esta ciudad tan lastimada.

Al día siguiente leí (leeré) en el Departamento del Distrito Federal lo aquí consignado. Amanece el 5 de marzo; faltan unos cuantos días, así lo anuncian las Jacarandas, para que llegue la primavera; faltan unos cuantos días para celebrar el nacimiento de Juárez; faltan unos cuantos días para el plebiscito ("Decisión de todo un pueblo tomada por votación general"). Que sean para bien, la primavera, Juárez y el plebiscito. Que sea para bien y que nosotros lo veamos. Si Antígona habla, la ciudad se fortalece.

*Texto leído ante el regente de la ciudad, Manuel Camacho, en la visita que realizó el Consejo Ciudadano de Observación el 5 de marzo.